

Presentación

«La solicitud de todas las iglesias confiadas por Dios a nuestra humildad, aunque insuficiente por méritos y por fuerza, nos obliga a poner a disposición todos los medios que están en nuestro poder y que nos son provistos por la divina Providencia para socorrer oportunamente a las necesidades espirituales del mundo cristiano, en tanto lo componen las diversas y múltiples vicisitudes de los tiempos y de los lugares, sin diferencia de pueblos y de naciones».¹ Con estas palabras se inicia la bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum*, fechada en Roma el 7 de agosto de 1814 y suscrita por el papa Pío VII, mediante la cual fue restablecida la Compañía de Jesús. El contexto histórico permite entender la actuación del pontífice romano: Napoleón había sido derrotado definitivamente, de modo que, entre los estados europeos, prevalecía la voluntad de restaurar las fronteras existentes antes de la Revolución Francesa y de establecer un orden político que asegurase una paz duradera. A su vez, el Papado aspiraba a tener una mayor presencia en el escenario político del Viejo Continente y, también, entre su población. Como en el siglo XVI, Roma consideró que en las tareas de reevangelizar la sociedad y enfrentar las corrientes de pensamiento anticatólico, debía contar con la colaboración de sus más eficientes y leales aliados: los jesuitas.

¹ En <http://www.javeriana.edu.co/jhs/home/wp-content/uploads/2013/06/1814_AGOSTO_BULA_SOLLICITUDO_OMNIUM.pdf> (página web consultada el 25 de octubre de 2014).

Las conmemoraciones de los centenarios tienen la virtud de actualizar los eventos del pasado, ya que nos permiten proponer nuevas lecturas de los mismos, por lo general más reflexivas y menos apasionadas. El bicentenario del restablecimiento de la Compañía de Jesús es una buena ocasión para ello, como lo muestra el conjunto de ensayos reunidos en este nuevo número monográfico de *Histórica*, que acoge las contribuciones de cuatro reconocidos especialistas sobre la organización interna y la labor misional jesuitas.

El mundo católico del siglo XVI fue testigo de un renovado fervor por la fundación de órdenes religiosas. La Compañía de Jesús se convirtió en la abanderada de la modernidad eclesiástica. A diferencia de los miembros de las tradicionales congregaciones fundadas durante la Edad Media, los jesuitas no estaban sujetos a una vida litúrgica comunitaria; en lugar de oficios divinos, cantos y plegarias al interior de un convento, su prioridad fue la prédica y el ministerio en calles, hospitales, prisiones y tierras lejanas.² Imbuida del espíritu militante de la Contrarreforma, la Compañía se expandió con rapidez en Europa, América y Asia mediante la fundación de colegios y misiones, pero también gracias al apoyo de las autoridades civiles y eclesiásticas en las cuatro décadas que siguieron a su reconocimiento por el Papado.

Los numerosos asuntos derivados de la acción educativa, asistencial y catequética, así como de su gobierno interno, constituyeron sin duda auténticos desafíos para la Compañía de Jesús en relación con la implementación de un eficiente sistema organizativo. Aun cuando era una práctica bastante extendida que los jesuitas esparcidos por el mundo reportaran periódicamente sus acciones a sus superiores, siempre hubo campo para actuar con autonomía. La visión de una institución poseedora de una organización centralizada y monolítica es revisada con singular cuidado por Fabián Fechner en su ensayo «Las tierras incógnitas de la administración jesuita: toma de decisiones, gremios consultivos y

² Po-Chia Hsia, Ronie. *The World of Catholic Renewal, 1540-1770*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998, pp. 27 y 31.

evolución de normas», en el que analiza el rol central que tuvieron las congregaciones provinciales en la marcha de la institución.

En el seno de las congregaciones provinciales, también fueron evaluados los avances de la labor evangelizadora de la Orden en los territorios ya conocidos y las estrategias a seguir en aquellos por explorar. La historia de la presencia de los jesuitas en Japón y China constituye uno de los capítulos más atrayentes del catolicismo tridentino. La llegada de Matteo Ricci a la China en 1583, por ejemplo, marcó el inicio del apostolado jesuita en dicho territorio y del intercambio cultural entre el milenario imperio y el Viejo Continente. Precisamente en «Misioneros y la cultura del escrito en el siglo XVI. Una mirada desde China», Antonella Romano explora de modo bastante detenido el rol de los misioneros jesuitas en la circulación de conocimientos entre dicho territorio y Europa.

La tarea de evangelizar se define como un movimiento, una peregrinación, ya sea entre continentes, cuando se envían misioneros fuera de Europa, ya sea entre territorios de una misma entidad política alejados entre sí, cuando se desarrollan actividades misionales en zonas consideradas como fronterizas. La acción de la Compañía de Jesús permite estudiar las diversas escalas en las que se desarrolló su movilidad misionera —mundial, continental y regional—, tal como lo muestra Aliocha Maldavsky en su muy interesante ensayo «Conectando territorios y sociedades. La movilidad de los misioneros jesuitas en el mundo ibérico (siglos XVI-XVIII)».

Las tareas asumidas por los miembros de la Compañía de Jesús los llevaron a regiones inhóspitas y de difícil acceso en América. Una de ellas fue la región habitada por el pueblo guaraní. Por medio de un recorrido histórico amplio y del análisis de ordenanzas sobre misiones emitidas en el periodo de acción de la Compañía en territorio guaraní (1620-1767) y en el posterior a su expulsión (1768-1801), Lía Quarleri analiza las características de dos modelos de organización y administración de la población nativa de las misiones —el jesuita y el borbónico— en «Comunalización jesuita y desintegración reduccional. Políticas alternativas de colonización en la frontera luso-española». La autora reconstruye las bases ideológicas, los factores contextuales y los objetivos políticos

inscritos en ambos modelos, como también contrasta estos últimos a partir de ciertos cuadros de oposiciones: pureza y mestizaje, comunidad e individuo, sujeción espacial y movilidad, y segregación y asimilación.

La investigación histórica tiene una larga y fecunda tradición en nuestra Universidad, y entre sus cultores han destacado algunos miembros de la Compañía de Jesús: Rubén Vargas Ugarte y, en años más recientes, Jeffrey Klaiber y Armando Nieto Vélez. También desde bastante tiempo atrás, distintos jesuitas han ejercido —con ejemplar entrega y responsabilidad— tareas docentes, administrativas y pastorales entre nosotros. Por todo ello consideré apropiado dedicar un número monográfico de *Histórica* en homenaje a la Compañía de Jesús en el bicentenario de su restablecimiento, efeméride que ha sido celebrada en numerosos ámbitos académicos de todo el mundo.

PEDRO M. GUIBOVICH PÉREZ
Director